



## LA EDAD DE ORO

53. — Los libros.

Si mi memoria no me traiciona, al final de aquel verano ocurrió un suceso que tuvo decisiva influencia en la orientación de mis futuros gustos literarios y artísticos.

Debo consignar que en mi casa no se consentían libros de recreo. Ciertamente mi padre tenía algunas obras de entretenimiento, pero las substraña, como mortal veneno, a nuestra insana curiosidad, pues, en su sentir, no debían los jóvenes distraer la imaginación con lecturas frívolas. A pesar de la prohibición, mi madre, a hurtadillas y como premio a nuestra aplicación y docilidad, nos consentía leer alguna novelilla romántica que guardaba en el fondo del baúl desde sus tiempos de soltera. Eran, lo recuerdo: *El solitario del monte salvaje*, *La extranjera*, *La caña de Balzac*, *Catalina Howard*, *Genoveva de Brabante* y algunas otras cuyos títulos y autores se han borrado de mi memoria. Ocioso es decir que tanto mis hermanos como yo las leímos entusiasmados, de un tirón, a hurtadillas de la vigilancia paterna. Fuera de las citadas novelas, mis lecturas recreativas se habían reducido, hasta entonces, a algunas poesías de Espronceda, de quien era yo ardiente admirador, y a cierta colección de romances clásicos e historias de caballería andante, que por aquellos tiempos vendían a cuatro cuartos los ciegos y los tenderos de estampas, aleluyas y objetos de escritorio.

Tan escaso pasto intelectual no bastaba a mi ansia de lances arriesgados y narraciones maravillosas. Imaginaba, además, que debía haber algo mucho mejor, porque oyendo a las personas mayores noté que celebraban las amenas y entretenidas novelas de los escritores románticos entonces en boga. Naturalmente estaba deseoso de saborear esos prodigios de la imaginación humana, pero las personas del pueblo dueñas de aquellas obras se hubieran guardado bien de prestarlas a un muchacho. Estaba condenado a ignorar quién sabe hasta cuándo, las más altas y sublimes creaciones de la fantasía novelesca.

Pero la casualidad se hace muchas veces cómplice de nuestros malos deseos. Un día, explorando mis resbaladizos dominios de tejas arriba me asomé a la ventana de un desván del vecino confitero y contemplé con deliciosa sorpresa, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos, cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias y relatos de viajes. Allí estaban, tentando mi ardiente curiosidad, todas las obras que había oído nombrar y celebrar y muchas otras admirables cuya existencia no sospechaba siquiera. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles.

Ante tan feliz acontecimiento quedé lleno de emoción durante algunos minutos. Pasada la sorpresa y decidido a aprovecharme de mi buena fortuna, me puse a pensar cómo explotaría aquel inestimable tesoro, evitando las sospechas del dueño y las huellas de mis pasos por el desván. Por prudencia respeté, por el pronto, los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo; porque si el pastero echaba de menos sus peras y ciruelas confitadas, cerraría o enjearía la ventana dejándome a la luna de Valencia. Tras mucho reflexionar decidí dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y coger los libros codiciados de uno en uno,

reponiendo cada volumen en el mismo lugar de la anaquelera.

Gracias a tales precauciones, a mi serenidad y buena estrella, saboreé, libre de sobresaltos, las obras más interesantes de la biblioteca, sin que el buen repostero se percatara del abuso y sin que mis padres sorprendieran mis ausencias del palomar.

¡Quién sería capaz de encarecer lo que yo gocé con aquellas sabrosísimas lecturas! Tan entusiasmado y alegre estaba que me olvidaba de todas las vulgares necesidades de la vida material. ¡Cuántas exquisitas sensaciones de arte me trajeron aquellas admirables novelas! ¡Qué de interesantes tipos humanos me revelaron! Verdad es que casi todas las novelas devoradas por entonces pertenecían a la escuela romántica, a la sazón en boga, cuyos héroes parecen creados expresamente para encantar a la juventud, siempre sedienta de lances extraordinarios y de aventuras maravillosas.

Al fin, aunque por medios incorrectos, trabé conocimiento con estos héroes, hijos de la fantasía, seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, vibrantes de pasión más que humana.

Me asombré al mismo tiempo del poder casi divino del poeta y el novelista que, sin más recurso que la palabra escrita, evocan en el lector representaciones de tal modo vivas, coloreadas y conmovedoras, que en su comparación la realidad misma parece pálida y borrosa imagen.

## ROBINSON Y DON QUIJOTE

Difícil me será señalar hoy, pasados tantos años, cuáles fueron los libros que me impresionaron más hondamente. Creo que no me aparto de la verdad al decir que me conmovieron las obras esencialmente románticas.

Pero al hablar de mis primeras lecturas quisiera decir algo de la impresión que me causaron el *Robinson* y *Don Quijote*.

El *Robinson Crusoe* (que volví a leer más adelante con verdadero deleite) me reveló el soberano poder del hombre enfrente de la naturaleza. Lo que más me impresionó fué el noble orgullo de quien por su propio esfuerzo descubre una isla salvaje llena de peligros, capaz de transformarse, gracias a los milagros de la voluntad y del trabajo inteligente, en un delicioso paraíso. «¡Qué triunfo soberano debe ser—pensaba yo—explorar una tierra virgen, contemplar paisajes nunca vistos por otros, con su flora y fauna originales, que parecen creados expresamente para el descubridor como premio a su heroísmo!»

En mi entusiasmo por el individualismo casi sentía que mi héroe hubiera logrado evadirse del islote para volver a su amada patria. Hubiera preferido que le hubiera sorprendido la muerte en su misterioso retiro. «¡Ahí es nada tener por sepulcro la isla perdida en las brumas del Océano; por epitafio un nombre repetido eternamente por los vocingleros papagayos, y por panegírico la transformación inteligente de plantas y animales y la destrucción de fieras y alimañas!» Tales eran, poco más o menos, mis infantiles desvaríos.

Aunque no podía apreciar en su altísimo valor la inestimable joya de Cervantes, también gocé mucho le-